



Carta de una admiradora

■ Por Leslie Díaz Monserrat



Tienes algo de misterio, un misterio que atrapa y envuelve. La primera vez que te vi pasé de largo. No tenía mucho interés en conocerte. Después llegué hasta donde estabas por pura casualidad. Descubrí tus encantos de dama colonial y la pose coqueta con la que recibes a tus invitados.

Entonces quise saber más. Averigüé sobre tu pasado y pasé horas absorta en el ayer. Descubrí el dolor de aquella joven que gime al final de la calle La Mar. Me contagié con el impulso de las Matronas que escribieron encendidas letras cuando querían borrarte para siempre. Me intrigó con los orígenes de Carmen Salvador. Admiré la audacia de María Escobar. Viví junto a Eva Jiménez.

Debo decirte algo. Te sientan los colores. Ahora estás distinta, rejuvenecida. Lo noté cuando volví a verte el día de tu aniversario. Los años te han dado un toque de elegancia.

Este 24 de junio el sol te acarició con más fuerza. Lucías hermo-



SAN JUAN DE LOS
REMEDIOS

Tocando el pasado abrimos el presente.

sa. Las campanas de la Parroquial Mayor repicaban en tu nombre. Los visitantes se deshacían en elogios.

Tus hijos también te quieren con locura. Eso ya debes saberlo. Hablan de ti con orgullo.

Nunca me gustaron tus sinuosidades, pero ahora me encantan, te distinguen. Desde arriba parecen mucho más esbelta con tus curvas y serpenteos.

Dicen que estás bendita, por eso la lluvia cayó, sin avisar, la noche del jolgorio. La vida recién comienza para ti. Ahora solo cierras el ciclo de los 500 como una joven que llega a la mayoría de edad.

Espero que al menos sonrías cuando lees estas líneas. Solo soy alguien que te admira. Ni siquiera nació de tu vientre, pero me gustas. Me gusta tu gente, tu plaza, tus calles.

Me gustas cuando me abrazas en medio del vapor rojizo. Me gustas cuando te observo de lejos y con cariño te nombro «mi San Juan de los Remedios».

Comunicar-nos

■ Por Arturo Chang



El hecho de que los ómnibus locales transiten por los alrededores del parque Vidal creó malestar, a pesar de que el reordenamiento de las paradas en esta céntrica zona santacolareña beneficia a los necesitados de utilizar tan deficitario medio de transporte.

No todos supieron de la nota de *Vanguardia* en «A la vista» ni de los reiterados avisos hechos por la emisora CMHW, aunque no es obligación legal leer ni escuchar las informaciones utilitarias de ambos medios de comunicación, asunto que nunca haría la población entera.

Ante las críticas de un pasajero porque la ruta 8 en su viaje hacia la zona de los hospitales pasaba dos veces frente a la parada del preuniversitario Osvaldo Herrera, tras dar la vuelta para recoger y dejar viajeros en la emisora y seguir por la calle Gloria, otro le convenció:

«Eso es bueno porque están agrupadas en un mismo lugar todas las rutas que nos pueden servir a los que vamos hacia el Materno, y así no tenemos que estar corriendo como hormiguitas locas por el parque para ir de una parada a otra».

Y el convencido no se quedó callado: «Las paradas son nuevas, el recorrido también, y no hay ni una sola señal de parada que en sus casillitas tenga escrito el número de la ruta que podemos montar».

Una semana después, el asunto fue resuelto y ya la información puede encontrarse en los escaques de las señaléticas. No obstante, Paulino, un lector habitual, opina por la vía del correo electrónico que tal dato debería estar inscrito en todos los casos, porque quienes no son santacolareños o abordan por primera vez un ómnibus local necesitan esa información.

Sin duda, para tomar decisiones, incluyendo la de hacia dónde ir, se requieren datos. Sin embargo, abundan por doquier las situaciones donde la falta de

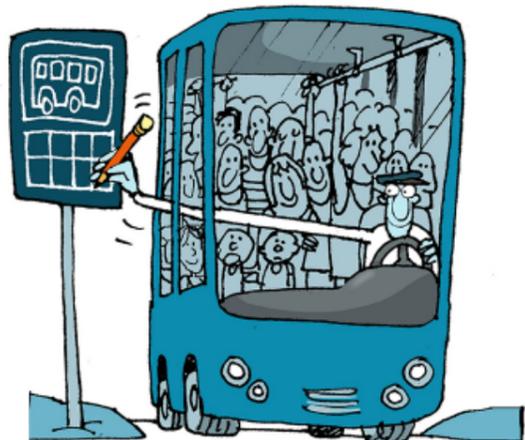


Ilustración: Martirena

información oportuna y veraz entorpece no solo la prestación de servicios, sino también la producción material.

Por tanto, se impone la comunicación entre las personas a través de todas las vías posibles. Su falta —o empleo deficiente— está lastrando la gestión administrativa, la hace ineficiente y lleva a incumplimientos que luego la magia del verbo y varios datos traídos por los pelos tratan de explicar.

Solo cuando los miembros de una comunidad empiezan a comunicarse entre sí logran perfeccionar su labor. Ahora, en pleno siglo XXI, la comunicación es imprescindible para alertar. Imposible construir una obra como la sociedad socialista sin comunicarnos.

La infancia en la era del celular

■ Por Luis Orlando León Carpio



De niño, recuerdo mi sumisión a regímenes y horarios de juegos y diversiones, porque, como es lógico, el estudio constituía prioridad. Había, bajo los efectos de la humildad de los 90, un tiempo feliz después de la escuela, donde corretear calle abajo resultaba el sueño posible de todo infante. Inventar nuestras propias distracciones constituía un acto de devoción ilimitada.

Claro está, los videojuegos de entonces los hacían prácticamente de «palo» y los celulares apenas eran una referencia utópica. Y hasta puedo decir que de tener uno —con todas sus características actuales, sus pros y sus contras—, quizá mi vida y la de mis contemporáneos habrían tomado caminos diferentes. Tal vez muy parecidos a los que corren en estos tiempos, cuando un regalo para el niño o la niña de mamá y papá se vuelve tesoro táctil —marca Samsung, LG o Apple— para que el hijito esté a tono con la era de las nuevas tecnologías y las comunicaciones...

Ahora, todo el mundo habla de móviles, celulares, *Smartphones*, *tablets* y demás dispositivos que pululan de mano en mano, sin contrincantes que les usurpen el monopolio que ejercen sobre las preferencias humanas.

Pero no solo estamos hablando de llamadas y *sms*. El teléfono es mucho más que comunicación. Es entretenimiento. Y, como sabemos, el entretenimiento —y en general todos los excesos— guardan sus dobles raseros. Una cara oculta que no es tan agraciada como pensamos.

Funciona, además, con un valor agregado. Un deslumbrante «aparático» con música, videos, juegos y aplicaciones, convierte en foco de atención a quien lo posee. Es, por tanto, un recurso para marcar diferencias. Y, ¿qué pasa cuando el asunto toma por asalto la escuela? Ocurre que no tener un buen móvil te deja en desventaja respecto a tu grupo social.

¿Es el teléfono inteligente, la tableta, el *lpad*, un medio para mejorar el rendimiento académico? Lo es si se maneja con sabiduría. El periodista Rolando Pérez Betancourt, en un artículo publicado en el periódico *Granma*, se quejaba de cómo la lectura, y por ende, la figura del niño apegado al libro, se ha convertido en motivo de burla para las nuevas generaciones. Un celular, por el contrario, no. «¡Horror!», gritaría Miguel de Cervantes al saber de las nuevas tendencias que intentan divulgar para que los dispositivos móviles devengan herramienta fundamental de aprendizaje.

Dicho así se da por sentado que son un arma de doble filo. Una herramienta que alberga, ¿inconscientemente?, dos polos opuestos que persiguen propósitos distintos. La búsqueda de la llamada sociedad del conocimiento, anclada en la era de la información —acceso libre e ilimitado a todo cuanto haga falta para el buen cultivo del espíritu humano e integrado en un aparato inteligente—, entonces no surte efecto. En cambio, los monopolios comerciales ponderan una industria de ensimismamiento en internet



y entretenimiento desmedido que pretende exactamente lo opuesto.

Contra la supremacía tecnológica —no contra la tecnología en sí, sino contra su imperio— lucha Cristina Alomá Cires, una bibliotecaria enamorada de los libros, que se desvive para que su hija de 10 años logre una lectura después de una decena de juegos en el celular. «Imagínate, la niña quiere estar como todos los de su aula, que llevan los teléfonos a escondidas, para pasarse mensajes en clase y

jugar, de vez en cuando, mientras la maestra no se percate», apunta.

En toda escuela, los directivos responden sin titubeos que estos artefactos distraen a los alumnos, que están configurados para acaparar toda su atención, con excesivos colores y efectos como atractivo especial para los menores. «Por eso les prohibimos traerlos, y para evitar conflictos en caso de pérdidas», refiere Arely Mora Veloz, secretaria docente del seminternado 13 de Marzo, de Santa Clara.

Cuba, en este instante, vuelca sus recursos en pos de informatizar todos los sistemas de enseñanza en un proyecto que comenzará en el nuevo curso, para los preuniversitarios, y hasta el 2018, cuando debe terminar con las primarias. En un futuro se planea sustituir las computadoras por tabletas, un paso necesario para despedir el gran número de máquinas obsoletas que todavía funcionan por obra y gracia de la tenacidad.

Un avance decisivo, vale decir. La *Mayor de las Antillas* tiene que trazarse metas a la par de los avances tecnológicos en el mundo, y cuando de educación se trata, nuestro país siempre ha tomado la delantera. Eso sí, debe estructurar un plan que mantenga al estudiantado absorto en sus materiales de estudio, y no en lo que un equipo móvil pueda significar más allá de las oportunidades que ofrece (ni como juguete ni como trofeo); una asignatura pendiente que spongo estén nuestros pedagogos próximos a resolver.

Ya no son estos los tiempos en que la sencillez de la infancia nos hacía dividir el tiempo en antes y después de la escuela, en que corretear calle abajo y sudarse hasta horas de la noche constituía el único entretenimiento. Ahora todos hablan de celulares, tabletas, internet. Y con ellos hay que convivir, y apoderarse de sus recursos, y demostrar cuánto se puede hacer, y convencernos de una vez por todas que, si bien es un arma de doble filo, siempre podemos aprender por dónde agarrarla y dominarla en pos de nuestro desarrollo.